

Contenidos

Montevideo
Cultura

Sala Verdi

#03 Agosto/2020

Temporada 2020
Jorge Curi



CASES de Xesca Salvà (Catalunya, España). Estrenada en Sala Verdi en el Festival Temporada Alta de Girona, 2019. Foto: Andrea Sellanes.

LAS REDES NECESARIAS

Gustavo Zidan
Director de Sala Verdi

Esto que hemos conocido como “pandemia del COVID19”, este virus universal que en su transcurrir nos abre una interrogante tras otra, que nos llena de dudas, que nos suma especulaciones -desde las más conspiratorias hasta a aquellas que se plantan desde las incuestionables y rigurosas afirmaciones de la ciencia-, todo esto, que nosotros seres mortales de breve pasaje por la tierra venimos transitando sin saber muy bien qué es, nos ha descolocado.

Hemos vivido meses de confinamiento, signados por un miedo al cual la voracidad mediática no escatimó en fermentar minuto a minuto, colocando a la muerte como escudero.

Las artes escénicas no han quedado exentas de este desorden pandémico, de este sacudón existencial planetario.

Días y días en que las luces de todos los escenarios permanecieron apagadas, noches y noches de teatros vacíos, habitados por una tristeza transversal, cientos de temporadas canceladas en todo el mundo.

En esos momentos, el reencuentro con las compañeras y compañeros de los núcleos de REDELAE fue, para muchos de nosotros, un ancla en la esperanza.

Siempre hemos tenido la convicción de que el funcionamiento en red es una herramienta indispensable para el desarrollo de nuestro trabajo, y en estas circunstancias ese concepto se consolidó como una necesidad vital.

Por eso, en este nuevo número de CONTENIDOS, queremos compartir algunas de las consideraciones que referentes de las artes escénicas iberoamericanas, en estos tiempos tan ¿revulsivos? (la vida dirá), han tenido el coraje y el acto amoroso de colectivizar.

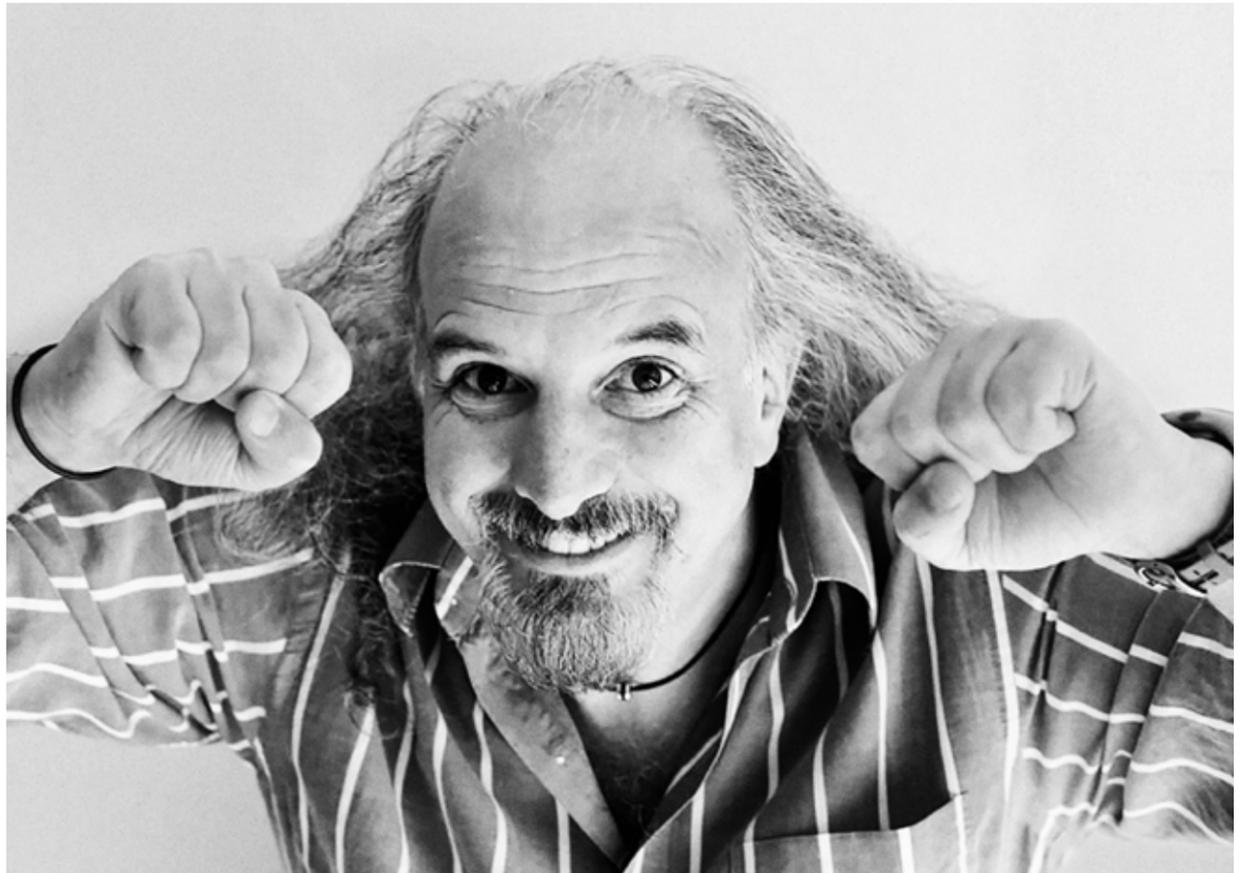
Son un aporte.

A Raquel, Lucero, Octavio, José Luis y Marcelo muchas gracias, se les quiere por estos lugares del sur de América.

PREGUNTAS

Marcelo Bones (BRA)

Programador, consultor y asesor en varios festivales en Brasil. Licenciado en Ciencias Sociales de la UFMG, fundador y director del Grupo de Teatro Andante de Belo Horizonte. También es Director Ejecutivo de la Plataforma de Internacionalización del Teatro y fundador y director del Observatorio de Festivales en Brasil.



Créditos: Cortesía de Redelae

Tres cosas están presentes en nuestras vidas hoy, y en nuestras perspectivas de futuro:

- 1- incertidumbres
- 2- incertidumbres
- 3- incertidumbres

Estamos inmersos en un espacio donde las cosas más básicas están en duda. Y si estamos bajo el manto de la incertidumbre, estamos bajo el imperio de las preguntas. En un espacio como este, al que asistimos tan a menudo en los innumerables festivales en que participamos, siempre hablamos de nuestro trabajo, de nuestros festivales, nuestros procesos creativos, trabajos de producción, colaboraciones, asociaciones, intercambios etc.

Ahora estamos en otro lugar. Quizás un “no lugar”. El no lugar de las pantallas.

¿Y cómo hablar de festivales en este momento? Cómo decir algo sobre la conceptualización de curadurías, tramos de programación, patrocinadores, especificidades de nuestros territorios, etc. ¿Cómo? ¿Cómo hablar sobre el proceso creativo, la investigación escénica, el talento, las trayectorias artísticas?

¿Solo nos quedan preguntas para el futuro?

¿Tendremos festivales? ¿Cómo? ¿Tendremos espacios teatrales? ¿Cómo? ¿Tendremos shows? ¿Cómo? ¿Estamos haciendo teatro en nuestros hogares? ¿Cómo?

¿Son las diferentes experiencias caseras, creadas por artistas, manifestaciones de una escena? ¿Una nueva escena?

¿Una escena sin la respiración de los actores y de la audiencia, es teatro? ¿Tenemos la intención de decir que estamos recreando, reinventando el teatro, simplemente porque estamos utilizando cámaras de video y pantalla en nuestro “ocio creativo”? ¿Es porque tenemos tiempo libre para hacerlo?

¿Estamos apaciguando nuestra angustia individual cuando intentamos existir o re-existir en confinamiento?

¿Nuestras condiciones de trabajo, de hecho, están extremadamente deterioradas por la pandemia? ¿No estábamos ya

inmersos en una gran precarización creativa, de producción, laboral, profesional, antes de la pandemia, principalmente en algunas regiones del mundo, como Brasil y América Latina?

Son muchas, inagotables preguntas.

Para estas y muchas otras preguntas actualmente tenemos tres respuestas:

- 1- No lo sabemos.
- 2- No sabemos nada.
- 3- No tenemos idea.

Cuando hago estas preguntas, muchas otras me cruzan por la mente.

¿Qué mundo será este en la post pandemia? (creyendo que terminará y que habrá un mundo...)

¿Las desigualdades serán aún mayores?

¿Somos capaces de entender, comprender y simpatizar con aquellos que no tienen los mismos privilegios que muchos de nosotros? Tenemos un hogar, comida, posibilidades de distanciarnos y... ¿posibilidades de crear?

Soy brasileño, vivo en Brasil desde que nací. Hoy el centro de la pandemia en el mundo. Hasta ayer, veinticuatro mil quinientas personas perdieron la vida con el nuevo coronavirus, mil cuarenta ayer (en cifras oficiales). Muchas de ellas, perdieron la vida por no recibir tratamiento adecuado a tiempo. Y todavía estamos al comienzo de esa tal maldita curva.

Somos un país desigual y, por supuesto, esto se refleja en nuestros confinamientos. Aquí está la tercera población carcelaria más grande del mundo, formada principalmente por jóvenes, negros y pobres. Había casi 1 millón de personas en aislamiento antes de la pandemia. Repito, principalmente jóvenes, negros y pobres. Además, tenemos un presidente miliciano, de extrema derecha, que lucha contra la vida de las personas todos los días. Les evitaré hablar de sus atrocidades; la prensa de todo el mundo ya ha informado su intento genocida.

El aislamiento siempre es desigual. La realidad siempre es desigual.

¿Y la creación, es siempre desigual? Vuelvo a preguntar: ¿la creación artística en estos nuevos tiempos acerca las desigualdades? ¿La posibilidad de realizar experiencias escénicas incluye el discurso de las desigualdades? ¿Estamos reflejando nuestras necesidades artísticas individuales, propias, en las creaciones o logramos contribuir con la construcción de un mundo que sea al menos un poco más justo, igualitario y solidario? Continúo, entonces, preguntando: ¿Tienen los artistas, en su trabajo creativo, su lugar en las sociedades, en este período tan crítico?

El arte y el teatro a menudo se han ocupado del encierro. Uno de los más grandes dramaturgos brasileños, Plínio Marcos -autor maldito, que se ocupó del inframundo humano, prostitutas, travestis, bandidos- escribió varios espectáculos sobre el tema del aislamiento, desde la perspectiva de que siempre estuvo allí. Creó espacios cerrados en su dramaturgia y reprodujo microcosmos donde las relaciones humanas llegan a sus límites y explotan. Su primer texto, escrito en 1958, BARRELA aborda un complot en una prisión, dentro de una celda, donde nueve prisioneros son acompañados por un “burgués” que, en la manifestación de la diferencia social, en este ambiente confinado, termina por ser violado.

Entonces repito la pregunta: ¿es que la obra del artista tiene su lugar en la sociedad, en un período crítico? Otro problema entre tantos otros.

Al menos seguimos haciendo preguntas y buscando respuestas. Somos artistas, creadores y hacedores. Dejo, entonces, al final una frase de Beckett en Esperando a Godot: “Hagamos algo mientras haya una oportunidad. No son todos los días que nos necesitan”.

CREAR EN CONFINAMIENTO: ¿EL VOLAR ES PARA LOS PÁJAROS?



Lucero Millán (NIC)

Directora, dramaturga, actriz, docente, socióloga; consultora en temas de participación ciudadana y teatro. Ha dirigido más de 37 obras de teatro, actuado en otras tantas y escrito 7 obras de teatro y una investigación titulada: Teatro, Política y Creación, una aproximación al Teatro Justo Rufino Garay.

Créditos: Cortesía de Redelae

Según el diccionario, CONFINAMIENTO, hace referencia a recluir a alguien dentro de límites o a desterrarlo a una residencia obligatoria. ... Para el derecho, el confinamiento es la pena que se le impone a un condenado y que le obliga a vivir en un lugar distinto al de su domicilio.

Si nos referimos a la primera acepción, los límites, siempre han sido justo la motivación de los artistas, ya sea para situarse a partir de ellos, o para intentar trascenderlos, si nos referimos a cuando al condenado se le obliga a vivir en lugar distinto al suyo, es la situación perfecta para que, como decía Octavio Arbeláez en la inauguración de este festival, la creación nos haga libres.

Ante la pregunta de si el volar es para los pájaros, mi reflexión más bien sería: ¿Es que acaso un artista puede vivir sin pájaros en la cabeza? Según dicen los expertos, los pájaros en sus vuelos, primero despegan, después mantienen el vuelo en el aire y, por último, aterrizan. Los creadores, desde tiempos antiguos, hemos despegado y nos encontramos en un vuelo permanente, porque tenemos el poder de imaginar, soñar, reflexionar, de construir una nueva realidad.

Ahora continuamos en ese vuelo, pero hicimos solo una pausa para sostenernos un tiempo en una rama, descansar, observar el paisaje, conectarnos con nuestro entorno, y quizá lo más importante: respirar, para relanzarnos de nuevo, con nuevos bríos y renovadas esperanzas.

¿Dejar de hacer teatro? No lo puedo imaginar porque es el lugar que me hace sentir más viva, conectada, en comuni-

dad. Estoy segura que regresaré, que regresaremos.

No contra, sino gracias al coronavirus y a la auto cuarentena, he tenido tiempo, para retomar la escritura de un libro que se llamará "Una mujer, un teatro, una revolución" Crónica de un proyecto de vida", que no había podido terminar por falta de tiempo, pero, sobre todo, por falta de espacio y paz interior. Un libro que cuenta la historia de un grupo de teatro durante 40 años: Justo Rufino Garay y de un país llamado Nicaragua; visto desde mi propia vida, con imágenes, anécdotas, impresiones, fracasos, búsquedas, viajes, encuentros. Un libro escrito basado casi exclusivamente en la memoria. Ha sido un tiempo también, para regresar a las pequeñas cosas que nos hacen felices: la lectura de un libro, el yoga, la copita de vino por las tardes observando el atardecer que siempre ha estado ahí, el sudor de las labores cotidianas, la lluvia, el contacto vía internet con los amigos, con la familia, con esta maravillosa Red, que es Redelae, en la que hemos estado intercambiando afectos, sosteniéndonos, más que nunca. Y, por si fuera poco, ahora mismo, tener el regalo de estar conectada con todos ustedes.

Quizás la única diferencia que tenemos con los pájaros sea que difícilmente podremos aterrizar, porque cuando nos montamos en la ruta de la pasión y la creación, ¡se convierte en un espacio de resistencia y libertad!

PANDEMONIUM II

Octavio Arbeláez Tobón (COL)

Productor cultural colombiano. Director del Festival Internacional de Manizales, y otros proyectos: Circulart (Mercado de las músicas iberoamericanas de Medellín), Mapas (Mercado de las artes performáticas del Atlántico Sur) en Tenerife (España) y curador internacional del Festival Internacional de las Artes de Costa Rica.

La tan anhelada “vuelta a la normalidad” es ahora el centro de las conversaciones. ¿A cuál normalidad? ¿Queremos volver a la normalidad o la normalidad era el problema? (W. Ospina) “Cuando la gente habla sobre cuándo las cosas volverán a la normalidad, debemos recordar que la normalidad era la crisis” (N. Klein)



Créditos: Cortesía de Redelae

Quienes queremos formular alguna opinión comenzamos a hurgar en la historia, la literatura y las artes las referencias a la peste y sus consecuencias.

Tucídides señaló en la “Historia de la guerra del Peloponeso” que la plaga que mató a casi una tercera parte de los ciudadanos de atenienses causó un caos en la vida ciudadana: mientras muchos morían, los supervivientes -asumiendo que no habría un mañana, disfrutaban sus días como si fueran los últimos-, se “transgredía la moral” y se desafiaba el cumplimiento de la ley. En El Decamerón, de Boccaccio, el miedo a la enfermedad y a una “mortalidad pestilente universalmente dañina” brindan a los gobiernos la oportunidad de mostrar una forma de proteger de la muerte a través de la imposición del estado de emergencia. En La peste de Albert Camus y en Ensayo sobre la ceguera de José Saramago, podemos ver cómo las épocas de pestilencia sacan lo peor de la humanidad: la indiferencia, el egoísmo, y cierto acostumbamiento al estado de subordinación, una especie de servidumbre voluntaria.

Visto en perspectiva latinoamericana, este es el momento en que nos vemos obligados a cancelar proyectos planificados a largo plazo y comenzar a comprender que en los próximos meses y años deberemos enfrentar cambios profundos en nuestras prioridades y estructuras.

En un documento reciente, la UNESCO señaló que “la pandemia ha impactado toda la cadena de valor creativa (creación, producción, distribución y acceso) y ha debilitado considerablemente el estatus profesional, social y económico de los artistas y profesionales de la cultura”.

Esos seres humanos denominados artistas

La pandemia de COVID-19 afectará fuertemente una parte insustituible de la vida cultural: los seres humanos. Además

del riesgo de contraer o propagar la enfermedad, muchos profesionales de la cultura se verán afectados por el desempleo inmediato y la pérdida de ingresos en un sector que tendrá una recuperación lenta. Las consecuencias saltan a la vista: la migración hacia otros sectores productivos, en una especie de “fuga de cerebros” de artistas, técnicos y profesionales especializados, se suma a la vivencia de una sensación de “no futuro” ante el cierre inminente de pymes y ONGs culturales. Como paradoja, muchos países latinoamericanos han adoptado la “economía naranja” y promovido el empresarismo cultural. En esta etapa crítica, las alternativas solo se plantean desde los recursos de créditos caros que no corresponden con lo que debería ser una política de fomento que sí es considerada para otros sectores tradicionales.

A esto se suma que los organismos regentes de la cultura ven mermados sus pírricos presupuestos, muy por debajo del 1 % recomendado por Unesco.

Quienes tratan de sobreaguar, crean planes de emergencia o terminan proyectos para obtener recursos (las instituciones públicas han atomizado su presupuesto para abarcar e incluir un mayor número de beneficiarios), y tratar de emitir a través de las pantallas su acervo digital, o crear alguna “cosa nueva” que los comunique con su público: clases, cápsulas creativas, podcast, algo que signifique creación y movimiento de ideas, siempre a la espera de un hipotético regreso a la “normalidad”.

Ante esta incertidumbre surgen voces que plantean que sociedades enteras “deberían romper con el pasado e imaginar el mundo de nuevo” (Arundhati Roy).

La creación confinada y las nuevas maneras de circular

No son buenos tiempos para la creación y la circulación ar-

tística. La pandemia impacta seriamente hasta el extremo de convertirse en una amenaza a la diversidad de expresiones culturales en todo el mundo; estamos en riesgo no solo porque la cadena de valor productiva está siendo afectada, sino porque es probable que en algunos sectores (audiovisual p.ej.), los países menos desarrollados dependan cada vez más de los productos extranjeros, ante la pasiva mirada de los gobernantes que impulsan el consumo ilimitado de la producción internacional en desmedro de la propia, o la indiferencia de los medios de comunicación que no atienden a los ruegos de divulgación de las músicas nacionales, regionales o locales, o los canales de televisión que ven más rentable comprar “enlatados” extranjeros de bajo costo.

Es previsible una merma en la producción cultural en nuestros países, pero además nos enfrentamos a la quiebra y el cierre de espacios culturales. Sin la posibilidad de ensayos colectivos ni la perspectiva de actuaciones y giras, es probable que muchos grupos independientes de teatro, danza y música desaparezcan. También, como consecuencia de las normas que impiden la movilidad internacional, se reducirán de manera drástica las coproducciones, ayudas de la cooperación internacional y residencias artísticas.

Del otro lado, como espectadores deberemos superar el miedo generalizado ante las actividades en salas o con alta concentración de público, lo que conllevará una merma de los eventos de gran formato.

La recuperación de la confianza será lenta; relacionarnos con el “afuera”, que entraña riesgos, será un reto; las esperanzas oníricas de “cooperación y confianza globales” (Yuval Noah Harari) serán un desafío.

El público

La crisis traerá aparejada la pérdida de empleos y la ausencia de ingresos, que llevará a una merma significativa en el consumo cultural en vivo. Tendremos menos espectadores y probablemente una mayor exclusión cultural, tanto por el

empobrecimiento general de la población como por los factores derivados de las limitaciones que se impondrán para el acceso a museos, espacios culturales y espectáculos en vivo. Dependiendo de la duración de esta crisis pandémica, es previsible la pérdida de públicos futuros que se cultivaban juiciosamente, en la medida en que se perderán espacios de formación de audiencias.

Gran parte de los públicos consumidores de cultura, los adultos mayores -ahora considerados parte de los grupos de riesgo- verán limitados sus movimientos por normas restrictivas, o serán disuadidos por los medios y las consignas públicas de no acudir a sitios no seguros; como consecuencia tendrán más miedo de regresar a los espacios culturales.

Existe una propuesta general de los gestores culturales para que el “desconfinamiento” incluya el desbloqueo de museos e instituciones culturales. Sin embargo, el cumplimiento de los protocolos de salud requeridos puede resultar económicamente complejo para los independientes y esto también nos lleva a preguntarnos: ¿en qué momento el público se sentirá seguro para sus salidas?, ¿tendrá recursos económicos y estará entre sus prioridades visitar espacios culturales?

Volver a abrir las puertas quizás no sea suficiente. Vendrá un periodo de adaptación en que el enorme esfuerzo no será compensado con la presencia de un público que ya ha sido esquivo, con lo que el sector independiente (salas teatrales, p.ej.) difícilmente superará esta prueba, y los recintos estatales verán recortados sus recursos para programación y gestión de programas.

Hemos sufrido especial impacto en la relación con el tiempo: nuestra vida se ha frenado repentina y considerablemente por lo que cabe preguntarnos ¿qué respuesta tendremos para ese “tiempo recobrado”?

La transformación digital como nuevo paradigma

El papel de las artes es liderar la búsqueda de nuevos caminos, casi como consecuencia, el poder les teme y las censura abiertamente o mediante el presupuesto que les asigna.

El actual confinamiento de gran parte de la población ha provocado una “diáspora digital de las artes”: una migración no planificada y masiva de contenidos y experiencias culturales al entorno digital. Aunque este impulso está ocurriendo en nuestros países, su alcance y efectividad se distribuirá de manera desigual -tanto por las posibilidades de acceso de buena parte de los habitantes de la región, como por las asimetrías entre diferentes sectores y territorios del mundo-, así los países con mayor desarrollo tecnológico serán los más beneficiados. Para estos, la crisis será una oportunidad para acelerar las transformaciones digitales y fomentar el desarrollo de la producción y consumo de nuevas tecnologías, y de la creación y circulación de contenidos.

Asistimos al auge inicial y la euforia del consumo de productos culturales digitales entre cuyos efectos prevemos la saturación de la oferta, la dificultad para monetizar esas acciones digitales, los riesgos legales consecuencia de la relajación de los derechos de autor, la consolidación de las redes sociales como el principal medio de publicidad e interacción entre artistas y público.

Es probable que, aún en la hipótesis de que pase rápidamente esta coyuntura, los productos digitales dejen de ser accesorios y se conviertan en una parte integral de los proyectos culturales. Numerosas organizaciones quedarán marginadas y se abrirá una brecha digital aún mayor tanto en la producción de contenidos como en su consumo: se hará más eviden-

te la falta de acceso a la cultura para grupos vulnerables que ya sufren un acceso desigual a la tecnología.

“Es la economía, estúpido” Bill Clinton

Dentro de la imprevisibilidad de este panorama pandémico, se avizora una recesión mundial que afectará directamente a países en desarrollo como los nuestros.

La cultura no está en las prioridades del presupuesto público y no se prevén medidas de largo aliento para empresas y profesionales aparte de créditos leoninos o micro-auxilios coyunturales.

En nuestra América -donde el sector depende en gran medida de la financiación pública- es probable que las organizaciones y los espacios culturales no dejen de existir, pero tengan que enfrentar recortes aún mayores, reducción de equipos y proyectos. En cuanto a las organizaciones independientes y los proyectos culturales comunitarios se verán profundamente afectados ya que es posible que las donaciones de individuos y fundaciones tengan una disminución importante. Economistas como el premio Nobel Amartya Sen piensan que la riqueza de una nación no solo se mide por el PIB o la renta per cápita, sino también por las competencias humanas que favorece. Otros, como Schumpeter o Kirzner, piensan que la innovación o la creatividad son el motor impulsor del crecimiento, y que una “sociedad creativa”, puede favorecer todo tipo de innovación. La economía deja de ser la ciencia que administra la escasez para convertirse en la ciencia que amplía las posibilidades humanas; necesitamos pues abordar la dimensión económica del problema, más allá de la retórica de la “economía naranja o creativa” siendo capaces de ponderar todas las dimensiones del desarrollo humano, y poniendo a la cultura no sólo en el discurso, sino en la realidad como un sector en el que hay que invertir desde lo público.

Mirar más allá de la coyuntura

Se impone una reflexión acerca del rol de la cultura: tomar consciencia de que el riesgo que corremos como “ecosistema cultural” (Rowan) es esa especie de darwinismo de un futuro basado en la “supervivencia del más apto”.

Entonces, los planteos deberían apuntar hacia cómo pueden los sectores y países menos afectados ayudar a otros. En tiempos de conexiones que superan las barreras geográficas y tecnológicas, ¿cómo crear redes de cooperación y solidaridad para evitar la exclusión de los tradicionalmente excluidos?

La crisis pone a prueba nuestra capacidad para combinar empatía y acción. Es hora de estar en contacto con nuestros amigos y socios en Latinoamérica, más allá de cómo lo hacíamos: ahora tal vez lo digital prime, tal vez aparezcan nuevos formatos, tal vez nos encontremos un poco más tarde. Estamos obligados a innovar y a utilizar nuestra imaginación para continuar trabajando a través de las fronteras, juntos, por ahora y para el futuro.

El miedo y la incertidumbre son reales. Pero cuando se levanten las prohibiciones, nuestra mirada se apartará de las pantallas y en un acto de liberación silenciosa, abrazaremos nuevas posibilidades de encuentro, y trabajaremos en esa “construcción en el abismo” a la que nos obligan los tiempos por venir.

CREACIÓN EN TIEMPOS DE PANDEMIA. ¿CONSTRUCCIÓN EN EL ABISMO?

**Raquel Araujo
(MEX)**

Directora Artística del Teatro de la Rendija (Mérida, provincia de Yucatán, México). Ha creado y estado al frente de diversas instituciones de Artes Escénicas. Recibió entre otros reconocimientos: Premio a la Cultura Ciudadana del Ayuntamiento de Mérida, Medalla Xavier Villaurrutia 2018, Berenjena de Plata del Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro.



Foto: Pepe Molina.

Nuestros países están atravesados por el virus, con las fronteras físicas cerradas, pero nada nos ha impedido sobrevolar y seguir creando. Esa es la potencia del arte.

La Rendija Sede A, el espacio escénico que programamos, cerró el 15 de marzo, al término de la función de *Morrits* y el pequeño *Mons de Maribel Carrasco*, dirigida por Mabel Vázquez. No olvidaré ese día. No nos hemos vuelto a ver en persona muchos de los colaboradores y espectadores que solemos darnos cita en La Rendija. Esa respiración del otro que nos falta en la escena viva -en palabras de Octavio Arbeláez- ha sido aplazada, y transformada por lazos de cuidado a la distancia. Internet nunca fue tan útil para mantenernos unidos, preguntando por whatsapp, por redes sociales, incluso a aquellas personas que hace mucho que no vemos, pero que nos importan y queremos saber cómo están pasando, y si podemos ayudar. Surgieron iniciativas de solidaridad por muchos lugares, desde esa nobleza en que se ha convertido el Teatro del Barrio con nuestra Ana Belén, hasta aquellos que de manera espontánea le mandan unos pesos al colega, familiar o amigo, o llevan bolsas de comida por la ciudad para paliar la crisis.

Así, estos días de festival he reído con Adriana Bermudez y su *Indolente*, empatizando con frenesí por la sanitización. Tuga me hizo recordar el sol y la alegría de compartir como espectadora en el entrañable Festival Mueca; la Proclamación de la existencia de Sara Barros me ha hecho llorar mares con esa dulce presencia suya, el cuerpo potente de Paloma Hurtado, y la dicharachera presencia de las Vecinas de FITE me llenó de color el alma.

Pero Silvia Varón me hizo reconocer que cuando las puertas se abran me darán muchas ganas de cerrarlas de nuevo. No quiero perder lo que he encontrado en el encierro: en esta especie de pausa he podido volver al jardín, a los árboles del patio de la casa de mi madre. Uno de ellos, un viejísimo ci-ruelo que sembró mi abuelo, que creíamos seco, había sido

horadado por los insectos. El tronco y ramas pelados, dañados. El cuidado de ese viejo amigo en estos días, y la lluvia que nos acompaña de manera temprana por estos lares, le fueron sacando hojitas, algunos frutos incluso y hasta crecieron nuevas ramitas... Y son esas cosas pequeñas que, sabía que ahí estaban pero no tenía tiempo de mirar, las que han colmado nuestro pequeño mundo. Hoy se ha vuelto tan importante salir a ver cómo van subiendo las guías de las pequeñas plantas de pepinos, como la carta que hay que mandar y las firmas que recabar para seguir peleando por la cultura y el arte, que cada vez, parece, los gobernantes comprenden menos. Y sin embargo, el arte es una de las pocas salidas para pensar un mundo mejor.

Tiempos de confinamiento ¿Y si imaginamos nuevas o viejas maneras de estar juntos? Que los primeros encuentros con espectadores y creadores sean en este jardín de casa de mamá; donde los árboles son parte de la familia, y contamos la genealogía de los brotes, de las flores, de las hormigas y sus mudanzas. Si la tragedia nació del canto agónico de la cabra en la *Hélade*, qué tal si ahora es un teatro anti trágico, de pura vida y germinación vegetal. Volvemos ese Estado vegetal de Manuela Infante. El teatro prehispánico comparte la matriz de teatralidad ritual, tomando el término con la naturalidad que el concepto de precuela teórica de Jorge Dubatti nos permite, sabiendo que no estuvimos exentos de sacrificio y sangre, de la muerte como diálogo y negociación con los dioses. Los nuevos dioses del capital nos siguen sacando sangre con los millones de muertos, no solamente por el coronavirus. Explotando tierras, saqueando el agua, arrasando bosques y selvas.

El arte es esa manera de comprender el mundo, tan humana... Nuestro cerebro, que es cuerpo, nos permite abstraernos en tiempo y en espacio, del tiempo y del espacio, conectando entrada tras entrada, ideas tras ideas. Que el arte postpandémico sea aquel que fisura el dispositivo que nos mantiene en

cautiverio más allá del encierro, que el teatro postpandémico abra rendijas por las que podamos volar... volar para ver y reparar, para ver y no olvidar, mirada panorámica de nuestro entorno, ese cuerpo expandido nuestro.

Tal como dijera José Luis Rivero que todo cambie, lo peor sería que todo siguiera igual. Y es que la creación y la creatividad no se detienen. En esta pandemia cada uno de nosotros ha sido creativo en algo, para algo, cocinando, trabajando, dándonos cuenta en el encierro de detalles insospechados y capacidades que no creíamos tener. El poeta no puede dejar de crear, y me refiero a los artistas que generan poesía con su cuerpo, con los colores, con las imágenes, los sonidos, la escritura... Y aquel que crea vínculos, no deja de hacer encuentros a la distancia, de ventana a ventana.

Ese Teatro Postpandémico es de pequeñas comunidades, rizomático, amigable y cuidadoso. Convive contaminando menos, se moviliza de maneras inteligentes y ligeras, no es antropocéntrico, abraza otras formas, juzga menos, pero es autocrítico y trabaja duro, integra saberes múltiples de manera panorámica. Ese teatro postpandémico será verde y mujer.

Este artículo fue escrito en el contexto de la mesa CREAR EN CONFINAMIENTO: LIBERTAD PARA VOLAR, en el marco del Festival de Festivales online TU CASA ES EL ESCENARIO, que tuviera lugar entre el 25 y el 28 de mayo de 2020. Las piezas y artistas a que refiere formaron parte de dicho festival.

LA GESTIÓN DE LAS ARTES ESCÉNICAS EN TIEMPO DE CORONAVIRUS, ¿BRINDAMOS POR LA VUELTA?

**José Luis Rivero
(ESP)**

Director Artístico del Auditorio de Tenerife. Licenciado en Filología y diplomado en Turismo, máster en gestión cultural. Profesor en varias universidades, con un amplio currículum como ponente en encuentros nacionales e internacionales. Vinculado al mundo de la Cultura y la Educación, tanto en el terreno público como en el privado, ha ocupado cargos de responsabilidad estatal en España.



Créditos: Cortesía de Redelae

Sí, brindemos como el coro de La Traviata “¡Disfrutemos! El vino y los cantos / y las risas embellecen la noche; / y que el nuevo día nos devuelva al paraíso”. El mundo entero ha cambiado y, desde cierta perspectiva, hay que asumirlo porque lo peor que nos puede ocurrir es que no ocurra nada, que despertemos de este letargo y todo siga igual que antes mientras los Estados han gestionado nuestras libertades individuales y colectivas como si no nos pertenecieran. Durante los años 80 y 90 las presiones producidas por el capitalismo pusieron en tensión todos aquellos aspectos de los sectores culturales que no probaran una relación directa entre la inversión realizada y el retorno en términos económicos. Eso supuso, como primer efecto, un protagonismo de lo cuantitativo e hizo que aspectos como la sensibilidad, la construcción identitaria o los valores de la colectividad se supeditaran a la Economía; también la excelencia de los programas artísticos o las funciones de las instituciones culturales. En España este efecto duró hasta la crisis financiera que empezó en 2008, y fue la propia crisis la que inspiró otras formas de pensar.

Creo que la pandemia nos va a dejar innumerables secuelas sociales -entre ellas que determinadas fuerzas se están auto-legitimando en la debilidad general para roer las garantías sociales que habíamos ganado- pero también debemos observar este momento para repensar objetivos desde las nuevas condiciones de trabajo: poner en valor la cultura como catalizador de una sociedad mejor vertebrada y reencontrar el valor del arte en la construcción individual y colectiva. Las condiciones en que se va a encontrar el sector al salir de la pandemia van a ser catastróficas y corremos el riesgo de perder lo que hemos conseguido en décadas precedentes. Es importante aunar fuerzas para no desproteger más a lo ya desprotegido: la Cultura y sus agentes, los artistas, los pequeños teatros, las compañías y también las salas públicas; todo el ecosistema que garantiza la pluralidad de ideas.

Al mismo tiempo se constituye un momento fértil para rescatar términos que olvidamos en nuestra cotidianeidad y en nuestra adecuación a los esquemas burocráticos de la gestión pública de las artes escénicas: Primero, poner en valor nuestros principios y nuestra misión; segundo, el compromiso en esos valores que defendemos; y tercero, la corresponsabilidad con la ciudadanía para inspirar su participación en la vida cultural del territorio. Este triple efecto es recíproco con las comunidades creativas a las que se extienda nuestra geografía de acción.

Los gestores de lo artístico nos movemos entre la realidad y el deseo -como el poemario de Cernuda, somos tejedores de redes, de diálogos entre personas, entre colectivos, y entre territorios. Es nuestra misión principal cuidar este ecosistema. Decía Schopenhauer que “no hay ningún viento favorable para quien no sabe a qué puerto se dirige”. Quizás todas las incertidumbres de esta época nos desorienten, pero tenemos un puerto: el teatro; y además sabemos navegar. Las herramientas de futuro de las que nos hablan grandes gurús sociales ya las tenemos: resiliencia y capacidad de adaptación, creatividad, generamos innovación, somos comprensivos y empáticos. Y aquí me sitúo como programador de un espacio público, y también como creador y productor, y como espectador porque la Cultura no pertenece nunca a la institución, sino a las personas. Nuestra función está en crear ‘valor’ para la ciudadanía, y en mi caso se enraíza con el ethos del servicio público.

El objetivo es el mismo: diseñar, compartir, crear experiencias significativas; pero el camino varía si la estrategia se centra en las personas porque posibilita la creación de bienes públicos de primera necesidad como la confianza, y proporciona el contexto de sociabilidad y de disfrute de experiencias compartidas (eso -y no otra cosa- era la catarsis). En este

sentido, todas las dificultades para definir conceptos en torno al rol de las artes enmascaran el debate de lo que constituye una creciente e interesada polarización de ideas importantes: el valor intrínseco de las artes frente a su valor instrumental; la cultura normalizada frente a la cultura propia; lo profesional frente a lo aficionado y su irrupción en los escenarios en una mezcla feliz de saberes; la corresponsabilidad en los modos del hábito cultural desde las perspectivas de lo público frente a lo comercial; la competencia de las grandes estructuras públicas frente a las pequeñas estructuras privadas dentro del mismo ecosistema; el valor del trabajo local y de pequeñas comunidades culturales frente a una cultura mainstream impuesta en los medios masivos; los sistemas de producción impelidos por el mercado y sus prisas frente a un tempo mucho más sostenible y pausado de la creación. Superar las dicotomías es fundamental en una aproximación más fresca al pensamiento acerca del valor de la cultura. Aquí cabrá también analizar si las tecnologías son un nuevo Xanadú para la democratización cultural, o por el contrario argumentos del poder instrumental del capitalismo cultural, porque el mayor acceso -si se diera- no implica forzosamente equidad, ni diversidad, ni intercambio justo, ni demos, ni kratos.

Muchas son las contingencias con las que nos vamos a encontrar pero muchas también las oportunidades. En su reconocimiento y selección se evidencia el propósito ético de una organización, que cumple o no con su realidad, haciéndose significativo en el territorio que habita y entre las personas con las que dialoga.



Espectáculo de pequeño formato y autónomo. Estas casas son una reivindicación de la intimidad. Unos pequeños homenajes a lo cotidiano. El punto de partida es el juego, múltiples juegos infantiles que van desde las casas de muñecas a los juegos de construcción. La oportunidad que ofrecen estos juegos de poder deambular entre realidad y ficción, persona y personaje, secreto y exhibición, ya que una vez que los objetos están en manos de los jugadores, estos se reinventan y se reubicar.

CASES de Xesca Salvà (Catalunya, España). Estrenada en Sala Verdi en el Festival Temporada Alta de Girona, 2019.
Foto: Andrea Sellanes.

Contenidos

Autoridades IM:

Intendente de Montevideo:	Christian Di Candia.
Secretario General:	Fernando Nopitsch.
Directora General del Departamento de Cultura:	Ramiro Pallares.
Director de la División Promoción Cultural:	Jorge Navratil.
Director de Sala Verdi:	Gustavo Zidan.

Equipo Sala Verdi:

Asistente de dirección: Graciela Pereyra.

Administración: Elizabeth Pereyra.

Comunicación y estadística: Cecilia Abelenda.

Fotografía y comunicación: Andrea Sellanes.

Atención al público: Milton Alemán, Álvaro Bukowski, Ariel Fernández, David Fernández, Laurencia Piedra.

Técnicos De Iluminación, Sonido y Maquinaria: Andrés Baubeta, Pablo Camacho, José Chinepe,

Roberto Leal, Ernesto Ledesma, Rodolfo Percivale, Gastón Ponzo, Gonzalo Rodríguez, Raúl Saravia, Darío Simonetti.

Jefe de escenario: Jorge Nocetti.

+598 92 020101

Sala_Verdi

facebook/SalaVerdi

@SalaVerdi

salaverdi.montevideo.gubuy

+598 29017453

Equipo Contenidos:

Corrección de textos:	Cecilia Abelenda.
Edición de fotografía:	Andrea Sellanes.
Diseño:	Alejandro Torre.